

La intervención femenina sobre la escritura masculina: Beatriz de la Concepción y la memoria de Ana de Jesús*

por *Ángela Atienza López*

Desde hace ya un tiempo, la historiografía modernista viene prestando una atención notable a la actividad escritora de las mujeres, una actividad que se desarrolló de manera intensa en el marco de los claustros femeninos y que tuvo a las religiosas como protagonistas¹. En buena medida se ha ido asentando la idea de que una parte importante de la producción escrita de las religiosas se realizó «por mandato», indicando con esta expresión que aquellas mujeres escribieron sus relatos autobiográficos, las crónicas de sus comunidades o las biografías de otras compañeras habiendo sido impulsadas por la orden de sus confesores o sus superiores, siempre masculinos.

La intervención masculina sobre la escritura femenina ha sido, en efecto, la cuestión más ampliamente desarrollada. Independientemente de que quepa hacer algunas consideraciones sobre esta idea generalizada que parece muy establecida², la documentación permite también explorar y examinar la vertiente contraria, la de la intervención femenina sobre la escritura masculina. Porque, efectivamente, también esta otra realidad tuvo su espacio y su presencia en los claustros femeninos (y fuera de ellos), aunque en el producto final lo que hubo de actuación o de influencia femenina quedara oscurecido o solapado³. Será éste el tema central del trabajo de investigación que aquí presentamos con el propósito de ampliar nuestros conocimientos y contribuir a completar el panorama trazado sobre el mismo hasta el momento por la historiografía de referencia, incorporando esta otra faceta que también tuvo existencia histórica.

El seguimiento de la elaboración de la primera biografía impresa de la carmelita descalza Ana de Jesús (Lobera) permite destapar esta otra manifestación a la que hemos hecho referencia y plantear su análisis. Parece preciso delimitar bien el tema y aclarar que no es nuestro objetivo hacer un recorrido por la trayectoria biográfica de Ana de Jesús, una religiosa que fue discípula de Teresa de Jesús y que tuvo una estrecha relación con ella, pero también con otras de las personalidades más emblemáticas de

Ángela Atienza López, Universidad de La Rioja; angela.atienza@unirioja.es.

los primeros momentos de andadura de la Orden, notablemente con fray Juan de la Cruz y también con fray Gerónimo Gracián, entre otros... Tampoco es nuestro objetivo ahondar en algunos de los episodios estelares de esta historia temprana del Carmelo descalzo, episodios – unos más felices y otros más críticos – que ella vivió y en los que participó y que, por lo demás, son bien conocidos por la historiografía institucional. Todas estas cuestiones cuentan con una abundante literatura historiográfica de referencia, avivada por la celebración del reciente V Centenario del nacimiento de Teresa de Jesús⁴, y naturalmente también se contemplan en las obras dedicadas a la biografía de Ana de Jesús⁵.

Ya Ildefonso Moriones atendió al estudio de la historiografía que se compuso sobre Ana de Jesús, interesado fundamentalmente en evidenciar las manipulaciones que contenían los relatos que se fueron construyendo⁶. Nuestro interés es otro bien distinto y se orienta a mostrar y analizar, según hemos indicado, lo que hubo de intervención femenina en la escritura masculina y a hacerlo desde un enfoque que vincula la historia religiosa y la historia del género y que nos permita además reflexionar sobre las dimensiones del ejercicio del poder y sus posibilidades, sobre el empeño de religiosas por ensanchar y superar los espacios señalados y determinados para ellas por las convenciones sociales y por el orden eclesiástico establecido. La documentación con la que trabajamos también es rica en información y generosa en respuestas para ser interrogada desde estos enfoques.

A los historiadores nos compete explorar ese mundo de posibilidades, trabajar con la noción de posibilidad como algo actuante en las decisiones y en las acciones de las mujeres, explorar las posibilidades de ampliar fronteras, de transgredir normas, de superar las limitaciones impuestas. Las mujeres que protagonizan este artículo demostraron que *podían*, demostraron que había posibilidades de acción en terrenos, escenarios y espacios que a priori – en aquel contexto histórico y cultural – parecían impensables e inalcanzables para ellas.

Presentaremos brevemente a las protagonistas de este artículo.

De Ana de Lobera ya hemos avanzado unas notas. Ella nació en Medina del Campo en 1545. Tomaría el hábito en 1570 en el convento de san José de Ávila, adquiriendo el nombre religioso de Ana de Jesús por deseo de la madre Teresa de Jesús. Muy pocos meses después se trasladará al convento de Salamanca, lugar en el que hará su profesión en 1571. Ella fue una de las compañeras más cercanas y próximas a Teresa de Jesús, en la que tuvo siempre un punto de referencia poderosísimo, siendo después una de las defensoras más firmes y combativas de su legado. Acompañó

a santa Teresa en varios de sus viajes y ésta le entregaría el priorato del convento de Beas; desde allí, Ana trabajaría muy activamente en el logro del reconocimiento de la orden descalza. En 1582 llegará a Granada como fundadora y priora del nuevo convento de carmelitas descalzas. Ese mismo año fallece la madre Teresa, y Ana de Jesús sería considerada su «sucesora» al frente del elenco de prioras que quedaron en los conventos fundados de carmelitas descalzas. Posiblemente como tal fue reclamada para encabezar la fundación del convento que se abrió en Madrid en 1586. Sería allí, en aquel convento de la Corte donde se desarrollaron los episodios más polémicos y controvertidos de su trayectoria, que resumo brevemente porque la acompañarían después de su muerte y sobrevolarían siempre su memoria y el proceso de santificación⁷.

Ana de Jesús lideraría y protagonizaría, junto a María de San José⁸, la batalla emprendida por un grupo de religiosas que, poco después de la muerte de Teresa de Jesús, entendieron que las jerarquías de la Orden pretendían introducir novedades en las Constituciones teresianas. En defensa de las normas dejadas por la madre Teresa, Ana de Jesús impulsaría la petición a la Santa Sede de un Breve de confirmación de aquellas Constituciones, un Breve – el *Salvatoris* (1590) que logró obtener pero que la enfrentó al Vicario General -Nicolás Doria⁹ – avivando la controversia en el seno de la familia del Carmen descalzo y que le granjeó el castigo de las autoridades de la Orden por lo que se interpretó como un acto de desacato y desobediencia¹⁰.

En la sede madrileña permanecerá recluida hasta que en 1594 regrese a su convento de Salamanca, viviendo allí unos años antes de abrir otra etapa en su biografía, la que le llevó a proseguir la tarea fundadora de Teresa de Jesús y la expansión de Carmelo descalzo fuera de España. Ana de Jesús sería la fundadora de los primeros conventos de carmelitas descalzas que se establecieron a comienzos del siglo XVII en Francia (fundaciones de París, Pontoise y Dijon) y en Países Bajos (fundaciones de Bruselas, Lovaina y Mons), siendo llamada a Flandes por los Archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia¹¹. En el convento de Bruselas permanecería como priora hasta su muerte en 1621.

Enseguida se activaron las maniobras y las gestiones encaminadas a conseguir para ella la beatificación y la canonización. En la médula de esta operación estará desde el comienzo la que fuera su principal compañera, confidente y gran amiga: Beatriz de la Concepción, y junto a ella también participará muy vivamente otra mujer de especial relevancia, la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, gobernadora de los Países Bajos¹².

Su papel y su intervención serían muy destacados, sin duda, aunque es Beatriz quien puede ser considerada la más activa urdidora de toda la política, de toda la estrategia de promoción de la santidad de Ana de Jesús y de la difusión de la devoción hacia ella.

Efectivamente, será Beatriz de la Concepción (Beatriz de Zúñiga antes de profesar¹³) quien se convertirá en el motor y epicentro de aquella trama, esencialmente femenina, que se movilizó para conseguir llevar a Ana de Jesús a los altares. Ella la sucedió como priora al frente del convento de las carmelitas descalzas de Bruselas y desde allí trabajaría de forma intensísima para impulsar la causa de quien había sido su gran amiga. Esta actividad y este objetivo seguirán estando en el centro de sus preocupaciones también después, cuando en 1630 regresó al claustro de Salamanca, como veremos.

Entre las variadas acciones que se desplegaron en esta empresa, tanto Beatriz como Isabel Clara Eugenia siempre juzgaron y entendieron que el texto escrito tenía una importancia esencial, estratégica.

Sabían perfectamente que una parte muy importante de los procesos de beatificación y canonización pasaba por el texto impreso, que en lo que se escribiera y en lo que se publicara radicaría una parte fundamental de la operación de asentamiento de la santidad de Ana de Jesús y de la difusión y ampliación de la devoción hacia ella¹⁴. Y en este terreno, efectivamente, se jugó una batalla esencial, una batalla que tuvo varios frentes que confluyeron en algunos momentos.

Por un lado, estaba el frente la de la composición de la biografía de Ana de Jesús, del relato impreso que debía dar cuenta de su vida y sus virtudes. Por otro lado, estaba el terreno de la elaboración de la historia – las crónicas – de la Orden del Carmen Descalzo, la elaboración de una historia *oficial* en la que no se podía obviar la mención a la sucesora de Teresa.

La documentación revela que Beatriz volcó aquí una buena parte de su tiempo, de sus estrategias y de su preocupación, demostrando una importante confianza en sí misma y en sus capacidades (y posibilidades) para desafiar y superar las limitaciones que su condición de religiosa y de mujer le atribuían en aquel tiempo de Antiguo Régimen y de clausura¹⁵.

Veamos las iniciativas y los movimientos que se emprendieron en relación a la elaboración de la biografía de Ana de Jesús.

Sería la infanta Isabel Clara Eugenia quien encargaría la composición de la obra sobre la *vida y virtudes* de la carmelita descalza.

El encargo se realizó inicialmente al agustino Basilio Ponce de León (1570-1629), el sobrino de fray Luis de León, teólogo y predicador afamado. Y el seguimiento de su trabajo estará muy presente en la correspondencia de Beatriz. Verdaderamente era un asunto que consideraba de esencial im-

portancia y estuvo entre sus preocupaciones primordiales. Beatriz contará expresamente en sus cartas cómo venía procurando que el padre Basilio se diera toda la prisa posible en escribir la biografía de Ana de Jesús. Explicará también cómo para ello había escrito incluso al obispo de Córdoba, primo del agustino, para que le urgiera lo posible con ese propósito¹⁶.

Ciertamente, Beatriz ofrece la imagen de una religiosa que manejaba información precisa de lo que se tejía en España, que se había ocupado de tenerla fortaleciendo relaciones y cuidando una red de informantes adecuados, nos presenta la imagen de una mujer que sabía bien a qué puertas había que llamar en cada caso, qué resortes debía mover y que no dudaba en hacerlo. Y todo esto estando lejos, en Bruselas. En la carta que escribía en noviembre de 1626 al padre agustino fray Diego de Guevara¹⁷ volvía a mencionar a fray Basilio. Le habían llegado las noticias de que éste había obtenido la cátedra y se mostraba esperanzada de que esto significara y permitiera que por fin terminara la biografía que tenía pendiente¹⁸. Sin embargo, sus apremios parecían no salir adelante. En 1628 se quejaba a la madre María de la Encarnación de que el padre Basilio estaba tardando mucho en terminar la obra, confesaba que ella estaba poniendo todos los medios posibles para urgirlo, pero le informaba que todos estos esfuerzos no estaban dando ningún fruto: «Ya no sé que me hazer pues e tomado los medios mas apretados que e podido y todo no aprovecha» era la expresión de su lamento¹⁹.

A finales de agosto de 1629 moría fray Basilio. La rapidez con la que la infanta Isabel Clara Eugenia se moviliza de nuevo para encontrar un sustituto es una buena prueba de su grado de implicación y de su interés particular en la publicación de una biografía de Ana de Jesús. En octubre de 1629, la infanta escribía, para hacerle el encargo, a fray Ángel Manrique, monje cisterciense y con un perfil similar al del padre Basilio, también teólogo reputado, predicador de renombre y gran historiador de su orden, en la que llegó a ser General²⁰. Aquella carta quedaría publicada al inicio del libro de Manrique, que veía la luz en Bruselas en 1632²¹. La intervención de Beatriz de la Concepción en la elaboración de esta obra será importante.

La documentación del proceso de beatificación y canonización de Ana de Jesús y la correspondencia de Beatriz de la Concepción, que nos ha servido de fuente, ofrecen buena información sobre su participación y sus actuaciones²². Y es que fray Ángel no lo tenía fácil. Como ha puesto de manifiesto P. Manero, «en lo que concierne a las fuentes, base de la biografía, Ángel Manrique partía de un fundamento precario, en especial comparando el caso de Ana de Jesús con el de santa Teresa: se contaba

con pocos materiales autobiográficos, pues no fue Ana de Jesús escritora de grandísima vocación literaria»²³.

En este contexto, sabemos bien que fue Beatriz quien tuvo un papel fundamental en la reunión y el acopio de materiales y quien proporcionaría a Manrique una buena parte de la información que necesitaba para la obra que le habían encargado. La correspondencia entre ambos así lo avala y es muy clarificadora en éste y en otros movimientos²⁴.

Naturalmente, Beatriz sabía mucho. Tantos años al lado de Ana de Jesús le habían proporcionado un buen conocimiento de primera mano y había acumulado mucha información. Pero tras el fallecimiento de su compañera también puso todo su esfuerzo en hacer acopio de documentos, noticias, testimonios y datos sobre la vida y virtudes de su compañera, movilizandolos todos sus recursos para contactar directa o indirectamente con quienes habían tenido relación con Ana de Jesús. Afirma P. Serouet que proporcionó a Manrique los documentos, que «Elle s'en fait envoyer par les premières carmélites de France, par ses filles de Bruxelles et par les Espagnoles qui ont connu Anne de Jésus à Grenade, à Beas, à Madrid, et qu'il faut maintenant retrouver à Consuegra, à Tolède, à Talavera, à Grenade, à Malaga»²⁵.

Ildefonso Moriones, por su parte, también documenta esta participación. Ofrece el detalle de una carta especialmente rica en información, que muestra bien todo lo que Manrique se pudo apoyar en Beatriz de la Concepción para la construcción de su obra. En 1630 fray Ángel escribía a la religiosa y le pedía información y detalles sobre lo siguiente:

La fundación en Madrid y si vino nuestra venerable madre y las demás a la esperanza de algún fundador o fundadora, o solamente a la de Dios, sin otro arrimo. Qué fundaciones embió hacer desde allí, y cuándo y qué personas a ellas. Toda la jornada de Salamanca a Francia, con las más circunstancias y particularidades que se puedan. Quiénes vinieron por monjas a Madrid quando no las llevaron; quienes a Salamanca; con qué autoridad; qué jornadas hicieron; con qué compañía; debajo de qué obediencia y a cuyas expensas. Quando salió de París, y si allí embió a fundar más casas. Qué tantas están fundadas y por todo el reyno de Francia y Borgoña. Si an entrado allá los Padres, y cuándo, y si hizo en esso algo la venerable Madre. La jornada a Flandes, fundación de Bruxelas, de Lobaybna y de Mons, con las demás que hasta oy an salido destas. A quáles salió nuestra venerable madre y a quáles embió; y en las que salió qué tanto se detubo. Qué día entraron los Padres en Bruxelas y qué tanto se an estendido oy por los estados, con las demás particularidades que se pudieren saber, aunque no toquen en su santidad ni iudicios de [...] (hay un roto en el documento) en la historia desnuda de lo que hizo y le sucedió en todas esas partes. Esto es lo que holgaría saber con la mayor distinción que sea posible²⁶.

Beatriz, como decimos, había puesto en marcha la operación para reunir documentación y testimonios muy pronto, naturalmente con la vista puesta en activar y en empujar un proceso de beatificación para Ana de Jesús, pero muchos de estos materiales formarían parte después de los documentos que debían alimentar la elaboración de la biografía.

Fue ella quien pidió a sor María de la Encarnación²⁷ la redacción del documento que yo considero que es el primer esbozo biográfico que se elaboró de Ana de Jesús, un relato autógrafo que se fecha en dos de marzo de 1622, es decir, un año después del fallecimiento de Ana de Jesús²⁸. Y, como hemos indicado, también otras compañeras recibieron la misma petición.

Es bien visible que en estas fechas tan tempranas hay ya una movilización importante que tiene su origen en Flandes (en la Corte y en el convento de las carmelitas descalzas) y que se extiende a España. Distintos testimonios y cartas que se incorporaron a la documentación del proceso de beatificación lo van poniendo de manifiesto. Se pueden ver por ejemplo, varias cartas de fray Francisco de Santa María²⁹, a quien ya antes de septiembre de 1621 le están pidiendo informaciones³⁰. En abril de 1622 sor Catalina de San Francisco³¹, desde el convento de Talavera, contestaba a la petición que había recibido de Beatriz para que le trasladara información sobre Ana de Jesús. Catalina le indicaba también los nombres de otras religiosas que habían conocido a Ana y habían sido próximas a ella y le podrían proporcionar información, como la hermana lega Catalina de San Alberto. También le previene sobre otras monjas sobre las que, indica, es mejor que no digan nada y menciona papeles para el libro mostrándose precavida respecto a su circulación³². Y en otra carta posterior, de 7 de mayo de 1622, la misma Catalina de San Francisco está preguntando a Beatriz para que ésta le diga si sor María de la Encarnación ha enviado ya su relato escrito³³, lo que muestra claramente lo tempranamente que se había articulado una red de informadores en torno a la causa de Ana de Jesús, una red que tenía su motor en la priora del convento de Bruselas. Incluso después de la publicación del libro de Manrique, Beatriz seguiría ejerciendo este papel de centralizadora de la información para la causa de beatificación³⁴.

El valor del texto impreso estará muy presente en los desvelos de las monjas afectas a Ana de Jesús, para bien y para mal, como veremos. Porque no se trataba sólo de urgir y pretender tener cierto control y participación en la elaboración de la biografía que se publicara por encargo de la infanta Isabel Clara Eugenia y de abrirse posibilidades de intervención en este terreno, sino que también se trababa de la expectativa sobre lo

que se escribiera y se pudiera relatar en las crónicas de la Orden y/o en otras historias, un ámbito evidentemente menos controlable y accesible, y desde luego, mucho más correoso³⁵.

En 11 de enero de 1626, sor María de la Encarnación informaba a Beatriz de la Concepción de la identidad de los religiosos que estaban encargados de escribir las crónicas de la Orden: el P. José de Jesús María y el P. Francisco de Santa María³⁶. La carta ilustra bien el grado de interés que aquellas monjas estaban poniendo en tener información precisa sobre los movimientos de la Orden en materia de la composición de su historia *oficial*.

En estos momentos era importante no perder de vista la figura de fray Francisco de Santa María, el cronista del Carmen descalzo, su Historiador general desde 1625. En él se puso la confianza y la esperanza. Santa María, como las monjas bien sabían, había sido confesor de Ana de Jesús durante diez años en Salamanca y «la quería muy bien»; él había dicho que escribiría su vida³⁷, y Beatriz le pediría a sor María de la Encarnación que hablara con él, asegurándole que «hará mucho».

Estas mismas apreciaciones sobre fray Francisco de Santa María se repetirán en otra carta de 1628³⁸, pero en esta misiva la inquietud se estaba centrando sobre otra pluma y otro texto: se trataba de lo que había escrito el padre José de Jesús María (Quiroga) en su biografía sobre fray Juan de la Cruz, obra que se había publicado ese mismo año de 1628 en Bruselas. Avisaba Beatriz de lo poco aficionado que fray José se mostraba hacia Ana de Jesús y no dudaba en exponer su opinión sobre lo que Quiroga había hecho con Gracián en aquella obra, con la expresión de que sobre «Grazián carga la mano brabamente».

Se lamentaba del escenario existente, que por otra parte retrataba con precisión y espléndida lucidez: «Yo no puedo sufrir que por alabar unos santos desagan otros». Sabía bien, y así lo ponía de manifiesto, que la santidad y la promoción de la santidad era, efectivamente, una guerra de santos, una contienda de unos contra otros, incluso dentro de la misma orden. Esta realidad formaba parte de los procesos de canonización.

Y mostraba su crispación por lo que el libro decía acerca de las monjas de Madrid en referencia al asunto del contencioso de las Constituciones que ya he relatado y el breve *Salvatoris*. En la memoria de aquel episodio se estaba jugando mucho. Asomaban unas monjas desobedientes y desleales a la orden, con Ana de Jesús a la cabeza de los *desórdenes* acaecidos.

La carta de Beatriz es especialmente interesante porque permite ver el efecto perturbador que esta versión del litigio del *Salvatoris* tuvo en ella y el grado que alcanzaba esa desazón. La documentación muestra lo que

podemos denominar una especie de “comunidad emocional” en torno a esta cuestión entre las monjas afectas a Ana de Jesús, un despliegue de emociones compartidas que desarrollaron un sentimiento de indignación colectivo.

Pero Beatriz no limitaría su actuación a la queja y al lamento o al desahogo en sus cartas. Y desde luego no parece entender que su papel aquí debiera ser el paciente, pasivo y comedido que se esperaba de una religiosa. Al contrario, crispada por aquellos contenidos de la obra de Quiroga, pondría toda su firmeza en lograr que el tratamiento dispensado a Ana de Jesús en la historiografía que se elaboraba en la Orden fuera más considerado. También supo que el cronista fray Jerónimo de San José podía seguir la senda abierta por Quiroga. Y trató igualmente de impedirlo. En este punto, la información que proporciona I. Moriones aporta bastante luz sobre este comportamiento de la religiosa. Transcribe una carta enviada por Manrique a Beatriz de la Concepción en la que le dice que el padre fray Jerónimo de San José estaba empeñado en haber escrito que «unas monjas inquietas alborotaron la Orden» y que llevaba mal que se dijera que estas religiosas tuvieron buen celo³⁹. Y en otra carta, también Manrique le asegurará: «Esta dificultad de vuestros padres (los de acá digo) tienen en las cosas de la V. M [se refiere a Ana de Jesús], estaba tan arraigada en muchos, que no ha sido posible allanarla de una vez»⁴⁰. I. Moriones refiere cómo Jerónimo de San José habría recibido posteriormente una carta que la infanta Isabel Clara Eugenia habría escrito al General de la Orden tratado de este asunto⁴¹.

Todo indica que Beatriz había informado a la infanta y que ésta también se había involucrado personalmente en este asunto sensible. Beatriz, como vemos, estaba tocando los resortes oportunos y utilizando todos los medios a su alcance para intervenir eficazmente y lograr su propósito de un tratamiento adecuado para la memoria de Ana de Jesús. Recibiría una contestación tranquilizadora por parte del cronista, que parecía ser una respuesta a aquella percepción suya de la lucha de santidades que hemos mencionado arriba. El fraile aseguraba a Beatriz:

Esté muy cierta que ninguno deseará ni procurará poner con más decencia y veneración las cosas desta santa madre, que yo... que muy bien se puede engrandecer a la venerable Ana de Jesús, sin derogar en algo a la santidad de aquellos varones insignes que entonces gobernaban la Religión. La destreza será dar a cada uno lo que se le debe, sin quitarlo al otro, y que todos luzcan y honren a la Religión, y esto avemos todos de procurar, siendo el señor servido⁴².

Pero además quiero llamar también la atención sobre una última frase de Beatriz en aquella carta de 1628 que he mencionado antes, una frase que añade después de todo su alegato dolorido sobre el contenido de la obra de Quiroga y el tratamiento que éste había dado a Ana de Jesús y a los hechos de Madrid, y que quizás explique parte de su conmoción. Tras su larga exposición confiesa a sor María de la Encarnación que necesitaba consolarse con ella «del gran sentimiento que tengo deste libro y pudiera yo aber estorbado que no saliera si tal ubiera bisto antes»⁴³. Lo que me interesa no es sólo la intensidad de su sentimiento de pesadumbre sino su convicción de que ella podía haber actuado, la idea de sí misma como una mujer que podía intervenir con poder e influencia, el convencimiento de que ella tenía capacidad suficiente para haber retrasado o entorpecido la publicación de una obra como aquella, poder y capacidad bastante superiores a las que pudieran pensarse disponibles y posibles en una mujer religiosa en aquel tiempo. No es ésta, como venimos viendo, la primera vez que la priora de Bruselas manifiesta esta convicción que expresa con claridad y que evidencia que en sus consideraciones sobre sí misma y sus posibilidades no pesaba el discurso misógino ni sus fundamentos. Ella está convencida de que podía haber intervenido, y con éxito, para frenar aquella publicación tan inconveniente y desconsiderada. Y le pesaba no haberlo hecho.

Por lo demás, es posible entender que, en aquel contexto de *contra-historia* que se estaba desarrollando, la publicación del libro de la vida de Ana de Jesús redoblará su importancia y su urgencia. Así lo concebía Beatriz.

Ni siquiera en los meses que duró su viaje desde Flandes a Salamanca perdería ella de vista el tema de la publicación de la biografía. Muy al contrario, seguirá estando muy pendiente de ella. En esos momentos la obra ya había sido encargada al padre Manrique. «Al libro yo daré prisa»⁴⁴ le aseguraba a la priora de Bruselas en junio de 1630, estando ella todavía en Fuenterrabía y mostrando su habitual determinación.

Y así debió ser a juzgar por la rapidez con la que Manrique culminó el encargo que había recibido, porque lo cierto es que el fraile compuso la biografía con celeridad asombrosa. En octubre de 1629 había recibido el encargo. A principios de 1631 la obra tenía ya la licencia para imprimirse. Por tanto, cabe concluir que Manrique trabajó y escribió la obra en unos 14 meses.

Como hemos indicado, sabemos que la religiosa suministró a Manrique muchos de los materiales con los que éste compuso la obra. Ella se convirtió en la proveedora de la información que necesitaba Manrique, respondía a sus preguntas (muchas, como hemos visto) y también se

movilizaría y movilizaría a otras y a otros para que proporcionaran la información y los documentos que parecían precisos. La carta que desde Salamanca escribió a la subpriora de Bruselas, Teresa de Jesús, en 29 de octubre de 1630 muestra bien este despliegue de relaciones y de solicitudes de datos y documentos⁴⁵. En esos momentos, Beatriz parecía entusiasmada:

Solo digo que el libro de nuestra santa ba admirable, más las preguntas del onbre [se refiere a Manrique] son tantas que yo no puedo ni sé satisfacerle. Dios me a traído a la memoria de escribir a Nabad⁴⁶ y así lo ago. Vuestra Reberenzia procúreme respuesta y enbiémela con gran brevedad y tan y al señor Don Juan y la Priora de París. A esta pido la bula de Su Santidad con que benimos aquí. Vuestra Reberenzia le diga cuanto inporta⁴⁷.

Pero la actuación de la religiosa no se limitó al suministro de documentación, informaciones y datos. También ella aportaría su testimonio personal.

Efectivamente, Beatriz de la Concepción presentaba su *atestatio* en 8 de febrero de 1623 en su convento de Bruselas. Comenzaba mencionando a las madres de los conventos de Beas, de Granada y de Madrid:

Que se precian tan de hijas de Nuestra Santa Madre Ana de Jesús, que han escrito lo que de ella saben, como se verá en sus papeles, que me han sido de particular consuelo verlos, por haber oído a Nuestra Madre, mucho de lo que en ellos dicen⁴⁸.

Cabe pensar que estos testimonios de las otras monjas habrían tenido influencia en la elaboración de su propia declaración. Y así, su declaración puede ser entendida, igual que hemos entendido la propia biografía de Manrique, como producto final de un aluvión colectivo, un aluvión de noticias y datos, pero también un aluvión de ideas y de interpretaciones⁴⁹. Beatriz mencionará en más ocasiones estos *papeles* y los utilizará como prueba de autoridad para reforzar sus propias tesis, como podremos ver⁵⁰.

Pero también me interesa mencionar que todo parece indicar que también ella compuso por escrito un relato biográfico, aunque no ha llegado hasta nosotros. En algunos momentos de su testimonio de 1623 dice que todo se puede ver «en el papel que está escrito», o que en el papel escrito se desarrolla más, o que ya lo dijo allí⁵¹, mencionando en otra ocasión «un papel» que ella había escrito y en el que dice que comienza desde la niñez, indicando que sobre el voto que hizo Ana de Jesús desde los diez años no refiere nada en su *atestatio* por estar allí dicho de forma muy particular⁵². También mencionará expresamente el escrito en el que narra su enfermedad y muerte⁵³, documento éste con el que sí contamos.

Lo cierto es que estos escritos debieron formar parte del arsenal de documentación que Beatriz hizo llegar a fray Ángel Manrique. Los contenidos de la intervención que sí conocemos – la mencionada *atestatio* – y el escrito sobre la enfermedad y muerte de Ana de Jesús formarán parte de la biografía firmada por Manrique, una obra que el monje compuso con estos materiales elaborados por Beatriz y por las compañeras que habían conocido a Ana.

Ya en otro trabajo he mostrado cómo estos escritos que relataban la vida y las virtudes de Ana de Jesús «conformaron en buena medida lo esencial de su perfil y del relato biográfico que después presentaría Manrique»⁵⁴, centrándome fundamentalmente en el que he considerado el testimonio biográfico más temprano, el ya referido de sor María de la Encarnación, fechado en 2 de marzo de 1622, aunque alguna nota apunté también sobre las contribuciones de Beatriz de la Concepción, que son las que quiero desarrollar ahora en este artículo.

Beatriz hizo, en mi opinión, una composición mucho más enfocada a ganar la santificación para Ana de Jesús, una composición más *ad hoc* para esta finalidad, quizás podríamos decir que ella trabajó con un enfoque más alineado con lo que estaban siendo los modelos exitosos de santidad posttridentina⁵⁵. El relato de sor María de la Encarnación era más espontáneo; pero Beatriz tenía claro y muy presente cuál era el objetivo. Por otra parte, también es un relato que se complementa, porque Beatriz narra los asuntos que tienen que ver con la vida de Ana desde que abandonó Madrid, los años que pasó en Salamanca antes de partir a Francia, y narra también la etapa de Francia y Flandes, una etapa que naturalmente no está presente en el escrito de María de la Encarnación.

El mismo Manrique destacará en el proemio de su libro VI, dedicado al viaje a Francia y las fundaciones en aquel reino, que las aportaciones de Beatriz de la Concepción fueron fundamentales: «serán el fiel en el peso de la historia», afirma⁵⁶.

Pero, como decimos, la intervención de Beatriz de la Concepción no se cifró únicamente en aportar noticias de episodios biográficos que posteriormente recogería el monje cisterciense; también formuló (apoyada ella misma en los relatos de otras compañeras) algunos de los rasgos más destacados de las virtudes, excelencias y cualidades que compondrían el retrato final de Ana de Jesús recogido en la obra de Manrique, entre las que destacaré el don de consejo, el don de sabiduría, la capacidad de sanar a través de sus manos, la muy particular devoción al Santísimo Sacramento, sus dotes proféticas, las facultades prodigiosas y su especial vinculación a santa Teresa.

Sor Beatriz avanzará la configuración del especial carisma personal de Ana, un carisma que se sustentaba en distintas facultades que ella también desarrolla.

Por un lado, lo que podemos llamar un particular “don de consejo” reputado y reconocido, exponiendo cómo muchas personas, incluso las más letradas, llegaban al convento a comunicar con ella y cómo otras personas que vivían a más de setenta leguas también se desplazaban hasta allí para pedir sus consejos; cosas éstas que ella había visto y sabía desde su etapa como portera de la comunidad de Salamanca⁵⁷. Hablará aquí de «un papel... donde se nombran todas las personas conocidas, y a él me remito»⁵⁸. Seguramente se está refiriendo a las personas que recoge el propio Manrique y que están también citadas en otras declaraciones⁵⁹.

Estas mismas cuestiones sobre Ana de Jesús, su atractivo personal, su notable proyección pública, y el don de consejo, se extenderán por otras partes de su testimonio, introduciendo aquí la capacidad de Ana de Jesús para reconducir las vidas de otros. Beatriz explicará cómo hacía gran efecto con sus palabras a los que hablaba, y «así se entraron religiosos algunos colegiales, y personas graves que la trataban» (de modo que parece que por su trato consiguió llevar a servir en la Iglesia a algunas personas), que sus palabras tenían capacidad de hacer bien a cuantos hablaba, que también convertía con amor y caricia «a mujeres de mala vida» y procuraba se remediasen. Con la expresión «procurar almas para Dios» como gran objetivo de Ana («esta era su ansia, sin reparar en murmuraciones, ni cuanto se podía ofrecer») se presentaba resumido el gran ideal teresiano de vida para las religiosas, el papel – activo – que en el seno de la Iglesia ellas podían tener, el apostolado al que podían y querían aspirar, la idea de misión⁶⁰. También expondrá su capacidad para insuflar ánimos de observancia y reforma y contará cómo en el viaje a Francia pasaron por tres monasterios de religiosas benitas, a quienes Ana supo ganarse «y algunos se han reformado después que hemos venido»⁶¹. Y no dejará de referir expresamente la buena acogida y audiencia que tuvo en Flandes entre todas las personas que la trataban y que iban a pedirle consejo o que las encomendase en sus oraciones. Dirá que eran muchas las necesidades y aflicciones que le pidieron encomendase⁶².

El perfil carismático de Ana de Jesús también se fundamentaría sobre especiales talentos que componían un verdadero *don de sabiduría* por merced divina y unas especiales dotes para entender cuestiones espirituales y de fe con una agudeza fuera de lo normal. Confesaba Beatriz que la propia Ana en algunas ocasiones

Me decía alguna de las misericordias que recibía, que eran muy de ordinario con la particular luz de entender los versos y sagrada Escritura, con tan gran claridad, como si hubiera mucho estudiado⁶³.

Y atestiguará además que esta facultad la conocían bien los maestros fray Luis de León, fray Domingo Báñez y Juan Alonso Curiel y otros, personalidades que Manrique no dejó de citar en el mismo sentido. La autoridad espiritual que se ensalzaba como parte constitutiva de la figura de Ana de Jesús se subrayaba con el reconocimiento que había recibido por parte de todos estos *maestros* notables y reputados.

Otra de las facultades que se destacarían de Ana de Jesús era la capacidad que se había depositado en sus manos para sanar cuando había algún dolor físico o alguna enfermedad. La propia Beatriz contará su particular experiencia con algunos ejemplos y también dice haber visto su efecto en otras personas, que igualmente lo manifestaban en sus papeles⁶⁴. Manrique lo trasladará en varias ocasiones⁶⁵.

Un elemento que estará muy presente en la configuración de la identidad religiosa de Ana de Jesús es la devoción muy particular que tenía al Santísimo Sacramento y «el ansia de comulgar», acabando por configurarse en la pieza esencial de su mundo devocional, una preferencia devota de la más pura ortodoxia contrarreformista.

Como he indicado en otro lugar⁶⁶, es muy posible que fuera Beatriz de la Concepción el arranque de este énfasis en la devoción al Santísimo Sacramento de Ana de Jesús como parte de la memoria que se perfiló de ella. El relato biográfico de sor María de la Encarnación, el más temprano de todos, menciona en sus inicios esta piedad especial, pero llama la atención que no insista más en ello. Sin embargo, Beatriz sí insistirá en esta faceta y aludirá a ella en varios momentos de su relato, haciendo diferentes anotaciones o desarrollándola en la narración de distintos episodios, que después recogería fray Ángel Manrique en su biografía. También aquí la intervención de Beatriz de la Concepción parece ser importante. Así, por ejemplo, contará el caso que sucedió al poco de llegar a Bruselas cuando se quiso persuadir a Ana de que fuera a visitar el Santísimo Sacramento del milagro de las hostias ensangrentadas célebre en aquella ciudad y rehusó a hacerlo argumentando que no necesitaba ver milagros para creer en la presencia del Santísimo⁶⁷. Y también explicará Beatriz otros casos que le sucedieron a Ana en relación con el misterio del Santísimo Sacramento y el conocimiento que de él tenía, cómo sabía cuándo celebraban y no consagraban, o cómo descubrió al Santísimo Sacramento que traía un ermitaño con él a escondidas⁶⁸.

Las dotes proféticas de Ana de Jesús y varios de los episodios que la religiosa protagonizó evidenciando este don prodigioso también constituirán parte de los ingredientes del relato de Beatriz de la Concepción, igualmente rescatado por el monje cisterciense. Narra Beatriz la predicción hecha por Ana de que el Carmelo descalzo femenino fundaría en Francia y que Dios le había mostrado que sería ella quien allí fuera⁶⁹, o también su profecía de que el convento de Dijon no se trasladaría a la abadía de Vadejo y su cumplimiento⁷⁰, entre otros.

Resumirá las penalidades y las dificultades habidas en el viaje a Francia desde Salamanca, algunos de los episodios prodigiosos que se produjeron y que también rememorará Manrique en su libro⁷¹, como también reproducirá los apuntes que había dado Beatriz sobre los sufrimientos de Ana de Jesús en su esfuerzo por llevar frailes carmelitas a Francia y la evidencia de que los franceses «no tenían gana de religiosos»⁷².

También varios de los episodios prodigiosos protagonizados por Ana de Jesús y asociados a santa Teresa que serán narrados por Beatriz pasarán a integrarse en la biografía de Manrique. El relato del contagio de peste que sufrió Ana de Jesús estando en la fundación de Dijon y su sanación, contada por ella misma al día siguiente, a través de la oportuna aparición de la madre Teresa que le habría asegurado que no moriría de este contagio es casi textualmente transcrito por el monje⁷³. También otras apariciones que la madre Teresa habría hecho a Ana en diferentes ocasiones contadas por Beatriz serían luego recogidas por Manrique⁷⁴.

Y, por supuesto, no podía faltar el célebre episodio que tuvo lugar en Alba de Tormes cuando Ana de Jesús regresaba a Salamanca procedente de su complicada estancia en Madrid, cuando Ana colocó sobre el cuerpo de la santa un paño que quedó bañado de sangre. Teresa amó tanto a Ana «hasta darla su sangre»⁷⁵ dirá Beatriz, componiendo esta interpretación de que la santa, con esta maravilla que había ejecutado, habría querido dar a entender a Ana el gran amor que la tenía y lo agradecida que estaba por sus servicios, y que la ayudaría, como lo hizo, en los trabajos que pasó en su vida. El suceso naturalmente se rememora también en la obra de Manrique. Su interpretación no se aleja de la que hiciera Beatriz de la Concepción:

Que correr sangre el cuerpo de Santa Teresa, cuando padecía trabajos Ana de Jesús, aunque ella no se declarara, daba gran pie a cualquier pensamiento. Más declarose, y tan a favor suyo, como pedía el favor, que vieron todos (...) en señal de que fue puro amor de a Santa el motivo de todo⁷⁶.

La interpretación es importante, porque el hecho se produjo inmediatamente después de la salida de Ana de Madrid, terminado el duro contencioso con los frailes.

La especial relación con santa Teresa es central en la configuración biográfica de Ana de Jesús. Beatriz no sólo enfatizará la idea de que la madre Teresa la señaló como su sucesora al frente de la Orden y que depositó en ella su confianza, sino que magnificará la idea, ya presente, de una Ana de Jesús muy parecida a Teresa para convertirla en un auténtico calco de la santa: «En sus virtudes, fue un vivo retrato de nuestra Madre Santa Teresa», afirmará⁷⁷.

Las aportaciones de Beatriz de la Concepción serán esenciales en la composición de los últimos años de la vida de Ana de Jesús y el detalle de su muerte. En 1624 ella firma su escrito *Relación de la enfermedad y muerte de Nuestra Madre Ana de Jesús...*⁷⁸ y allí están contenidos muchos de los ingredientes que formarán posteriormente parte del capítulo presentado por Manrique. No hay que olvidar que fue Beatriz la religiosa que estuvo al lado de Ana en estos años y que asistió personalmente a los últimos momentos de vida de su compañera y a los acontecimientos que se desarrollaron después.

Las grandes enfermedades que sufrió, los padecimientos indecibles, su situación de impedimento prácticamente completo⁷⁹... todo ello no la detenía en faltar al gobierno del convento y asistir al consuelo de sus compañeras. Se destacaba también la enorme paciencia con la que llevaba sus dolores y se ofrecía el detalle de unos últimos días llenos de penalidades. Éste sería el resumen de un guion que luego seguirá Manrique en su obra.

También es autoría de Beatriz la escena, que copiará luego fray Ángel, en la que relata cómo un poco antes de expirar, todas las religiosas, que estaban repartidas por distintas dependencias del convento, cada una en su oficio, se congregaron juntas en torno a la madre Ana de Jesús por una especie de impulso particular prodigioso⁸⁰. Se detiene también Beatriz en describir cómo le quedó el rostro, cómo quedaron sus pies... una vez que expiró, aportando una composición que prácticamente calcará Manrique en su relato⁸¹.

Igualmente, el texto de Beatriz de la Concepción constituirá la fuente patrón sobre la que se asentará el relato del episodio de mayor entidad que acompañó a la muerte de Ana de Jesús y que tuvo lugar el mismo día de su muerte en su mismo convento de Bruselas. Es lo que he llamado *el milagro de la curación de la monja tullida*, milagro que lógicamente ni Beatriz ni fray Ángel pasarían por alto. Resumiré muy brevemente lo esencial de un relato. El milagro se operó sobre la madre Juana del Espíritu Santo,

una religiosa que llevaba mucho tiempo impedida en la cama sin poder andar y con muchas dificultades para moverse en su lecho, incluso de un lado para otro. El día de la muerte de Ana de Jesús pidió a algunas de sus compañeras que la llevaran en una carretilla a besar los pies de la que había sido su priora. La ayudaron y cuando terminó dijo que la dejaran salir de aquella carretilla, bajó sin ayuda ninguna y comenzó a andar. Desde entonces estuvo sana.

Contará también Beatriz cómo el médico testificó que aquello era, efectivamente, un milagro que bien se podía predicar y hacer público, pero que no se dijo nada hasta el sermón; el concurso de gente que llegaba a ver a la fallecida, los rosarios que se traían para tocar su cuerpo, todo esto sin saber nada todavía del prodigio. Referirá igualmente la misa a la que asistieron los Archiduques (estando el Archiduque impedido), el gesto de la Infanta humillándose para besarle los pies, un gesto que después imitaría el resto de la corte allí reunida, la petición de que le guardaran las flores que estaban sobre su cuerpo, todas estas partes del relato planearían después en la composición que hizo Manrique.

El milagro, como decimos, se predicó el día del entierro, amplificando su difusión al mismo tiempo que se le dotaba del refuerzo de la autoridad eclesiástica que esto significaba, y en torno al mismo se fundieron las emociones de todo el cuerpo social bruselense: desde la corte archiducal hasta las clases populares. Explicará Beatriz cómo aquel milagro adquiriría el carácter de espectáculo público cuando mandaron sacar a la puerta reglar a la monja ya sana porque todo el mundo la quería ver:

Como se había publicado el milagro en el sermón, todos querían ver andar a la hermana. Nuestro Padre Provincial la hizo llegar a la puertea, que había infinita gente, todos dando gracias a Dios de ver la maravilla, y esto porque ya todos los remedios humanos, se habían hecho a la enferma⁸².

Sor Juana de pie y caminando era la prueba de la maravilla que se había obrado por mediación de Ana de Jesús. En la visión de aquello se sostenía la fe de todos.

Pero también arrancaron de aquí nuevas maravillas y prodigios y la creencia en la verdad de todos ellos. Finaliza Beatriz su escrito con estas palabras:

Murió Nuestra Madre al 4 de Marzo 1621, de edad setenta y seis años, y cincuenta y uno de Religión. Ya son cumplidos tres años que á que llevó Nuestro Señor a Nuestra Venerable Madre, Ana de Jesús, y la hermana Juana del Espíritu Santo, que era la tullida, ha sido y es portera, y ha trabajado y hecho todo lo que es de

Orden. Y el milagro le tomó el Señor Nuncio por testimonio, y otro, que sucedió muy grande en la Cámara, de una religiosa que tenía vómitos, y está con buena salud. Y ban la cobrado diferentes personas, poniéndose la túnica de la Santa, y lienzo que la habían servido. Ha hecho muchos milagros, en España, Francia y Colonia, y en Flandes. De todo he tenido verdadera noticia por cartas, que han pasado por mis manos, de que estoy tan cierta, que lo puedo afirmar cada y cuando, que se ofreciere, y con esta verdad lo firmo de mi nombre. Hoy día de Santo Tomas de Aquino, 1624, siendo priora de este convento de Bruselas, de la gloriosa Santa Ana y San José⁸³.

Luego desarrollaría Manrique esta sucesión de prodigios apuntada por Beatriz. A partir de aquí se sucederán otros casos prodigiosos a los que se dará publicidad igualmente.

Pero además de todo lo señalado, la documentación revela que Beatriz de la Concepción ejerció también otro papel muy particular y destacable y que desplegaría una buena dosis de intervención en el libro de Manrique también en un sentido fiscalizador, actuando como supervisora, decidiendo sobre algunos aspectos de su contenido y terciando sobre la conveniencia o no de que aparecieran en el texto algunos episodios concretos. Todo indica que se atribuyó una categoría de revisora y de censora y la ejerció. Esta será otra faceta y otra dimensión fundamental de aquella intervención femenina en la escritura y en el relato masculinos.

En una carta que en fecha indeterminada (entre 1630-1631) enviaba al convento de Bruselas a Teresa de Jesús, le contaba algunos episodios de la vida de Ana de Jesús. Entre ellos le narraría uno que había sucedido en Dijon; se trataba de un incidente en el que al parecer Ana de Jesús se habría negado a que se pusiera sobre las rejas de la iglesia conventual la flor de lis, tomándola en su mano y doblándola. P. Serouet recuerda que este incidente se cuenta en las Crónicas francesas de los carmelitas, pero que conforme al deseo de la propia Beatriz, Manrique no lo mencionaría en su obra⁸⁴. Y ciertamente así debió ser: la misma Beatriz le explicaba a su compañera esta intervención censora que había ejercido, mostrando aquí el alto nivel de atención que había prestado a los detalles del libro de Manrique y la valoración que era capaz de hacer de cada uno de ellos, la evaluación puntillosa de su conveniencia o no en ser publicitados. En este caso, su opinión era que no debía hacerse referencia a este asunto «porque es genero de contradizion con los franceses y an de ver el libro y no cobiene desgraziallos»⁸⁵. La atención al público, la consideración de la opinión de los demás planeó en estas decisiones de Beatriz y estuvo detrás de esa movilización interventora que no dudó en desplegar.

El libro de Manrique continuará ocupando el centro de las preocupaciones de Beatriz de la Concepción a partir de la primavera de 1631 que es cuando debió darse por terminado. En carta a la misma Teresa de Jesús en 25 de abril de 1631⁸⁶, a quien felicita efusivamente por todo lo que está trabajando para la beatificación, le dice que el libro está acabado, alaba el trabajo del monje y le dice que le desearía un obispado, que así tendrían otra iglesia que pidiera la beatificación de Ana de Jesús. De hecho, más adelante, le indica que le mencione tal iniciativa a la infanta Isabel Clara Eugenia cuando acuda al convento, le propone que le dé la enhorabuena por el libro «a ver qué cara aze» y le sugiera que le pida al rey que conceda un obispado a Manrique «y que tendremos otro más que nos ayude a pedir a Su Santidad la beatificación de nuestra santa». Naturalmente, Beatriz le reclama que luego le cuente «de qué umor responde» la infanta⁸⁷. No quiere perderse detalle de estos encuentros tan valiosos, como vemos, y prosigue en su actuación de guía fijada en la causa de beatificación.

El texto de Manrique estaba terminado, pero comenzó entonces el calvario de los trámites de aprobación, los informes y la censura previa a la impresión. Beatriz siguió muy pendiente de todos los pormenores de este proceso, visiblemente preocupada y muy inquieta porque todo esto estaba retrasando la publicación. Su empeño era que el libro se imprimiera cuanto antes.

I. Moriones dedicó un capítulo de su libro a esta cuestión, aportando datos de gran interés en su estudio del manuscrito que Manrique envió a la imprenta «con las correcciones y añadiduras impuestas por la censura de los Carmelitas descalzos»⁸⁸, pero yo quisiera añadir aquí otras informaciones; aunque, sobre todo, mi intención principal es ofrecer una lectura de todo este episodio centrada en el conocimiento y en el análisis de la acción de Beatriz de la Concepción y en su intervención en este terreno tan exclusivo de los hombres: la censura sobre lo escrito.

Efectivamente, en estos momentos, el papel de Beatriz adquiriría una nueva dimensión, una faceta especialmente delicada que en absoluto la acobardó y que muestra hasta dónde podía alcanzar la intervención de una religiosa sobre una producción escrita por hombres, así cómo también es un magnífico indicativo de que su capacidad de intromisión y de control y su potencial de participación política no estaba prefijado y era ampliable. Su estudio nos permite explorar ese mundo de posibilidades (abiertas o por abrir) al que me refería al comienzo de este artículo y mostrar en definitiva que los límites de la acción y del poder de las religiosas -de las mujeres- no estaban establecidos de forma absoluta o categórica, que ellas en algunos momentos crearon sus propias

oportunidades, sondearon el ensanchamiento de las fronteras fijadas y su actuación se orientó a superarlas.

La carta que escribe a Margarita de Jesús, la priora de Bruselas en 8 de agosto de 1631⁸⁹ revela a una Beatriz plenamente implicada en terciar en un espacio de acción tan reservado a los hombres como la negociación de la censura y la corrección del libro, nos permite ver a una Beatriz muy al tanto de la fiscalización de la Orden sobre la obra de Manrique, pero no limitada a una posición pasiva de mera observadora. También aquí resurge la Beatriz activa y activista, interventora decidida. Contará que los frailes carmelitas – el cronista Santa María y cree que también el prior Pedro de la Concepción – no estaban en todo de acuerdo con lo que Manrique había escrito en el libro y que opinaban que en su texto se contradecía en tres puntos respecto a lo que se escribía en las crónicas. No da el detalle de estos tres puntos en su carta, pero sí señala que a los frailes «les a escozido» la referencia a la muerte de Nicolás Doria «cuando pasaron aquellas cosas dese negro breve»⁹⁰ y también menciona la objeción en torno a la separación de los Calzados, que el monje atribuía enteramente a Ana de Jesús.

Naturalmente, los padres de la Orden no podían aceptar fácilmente que aquel acontecimiento tan fundamental en la historia fundacional del Carmelo descalzo, la separación de los Calzados, se atribuyera a una mujer, mucho menos a una mujer como Ana de Jesús. La batalla era muy seria, se estaba luchando por establecer los términos de la memoria histórica de los descalzos, se luchaba por dejar bien asentados y afirmados los hitos de la historia de la Orden y su relato, especialmente estos tan medulares y tan emblemáticos situados en los mismos orígenes del Carmelo descalzo.

Beatriz se situará en este momento crítico en el epicentro de las negociaciones, activando todos los resortes que fueron posibles. Su actividad y su movilización fue impresionante. Hablará con el mismísimo Padre General: «Yo le dije: “Padre, acomódese eso y no zese ni se detenga el libro»⁹¹. Consiguió convencerle y logró que éste escribiera a los frailes objetores para que hablasen con Manrique y entre todos se recompusiera el tema, y escribió también a Manrique para que éste le enviara a ella escrito en un papel lo que se había de enmendar «que es mejor aora que no detenernos el libro»⁹². La postura de Beatriz estaba clara: había que negociar y había que ceder, no podía retrasarse la publicación.

La cuestión de las correcciones al libro de Manrique está muy presente en su actividad epistolar de estos meses. Es bien visible que ella quiere dominar, que se empeña en controlar el asunto y sobre todo en dirigir los tiempos, y esto la llevará a mantener una postura abierta, a transigir con notable amplitud. Y es bien posible que detrás de las prisas y del apremio

estuviera también, entre otras consideraciones, la causa de Ana de San Bartolomé. Veamos el proceso.

En la carta a la madre Teresa de Jesús, subpriora de Bruselas, en noviembre de 1631⁹³ le manifiesta que además de las enmiendas que se habían hecho al libro, se hacían ahora otras. Se está alargando el proceso censor y se está apretando más al autor. Sigue Beatriz en el epicentro: sabe de las enmiendas porque se las ha enviado el padre Provincial, habla con Manrique y le indica que «procurase acomodar los puntos», arrancándole la promesa de que lo haría. Asegura a su amiga que ella también se los enviará a Bruselas cuando los tenga. Mientras tanto, tampoco pierde de vista al General, pero se muestra ahora cauta respecto a él, sospecha que no se ha fiado de ella, pareciéndole que ella no haría bien las enmiendas que el cronista señalaba necesarias y procurando que Manrique las pusiera; también intuye Beatriz que está influido o aconsejado por el prior «que es mucho del dicho coronista»⁹⁴ y le ha dado noticias de los asuntos de la madre Ana de San Bartolomé, asuntos que ella no perderá de vista⁹⁵. Como vemos, la actividad de Beatriz es incesante, analiza todos los pormenores y su voluntad para no perder detalle es indudable. Su reclusión en un claustro parece casi imaginaria. La clausura, ficticia. El mundo de posibilidades que ella explora, amplio.

Añadirá, tras terminar la misiva a la madre Teresa que comentamos, otro párrafo en el que le dice haber recibido «el papel de las enmiendas de Padre Fray Ángel» y le ofrece el detalle de los que le están mandando suprimir a Manrique, en lo que debió ser una tercera revisión censora⁹⁶.

Beatriz se muestra ya dispuesta a ceder todo, indica que ha escrito al Provincial «que lo que le pareziere quite u ponga y acabemos ya con este libro»⁹⁷ y conmina a la subpriora a que procure urgir a la Infanta para que dé orden de que se haga la impresión cuanto antes. «Aora no es tiempo de descansar, yja mía» le dice⁹⁸. Ciertamente, su capacidad de control y su movilización son impresionantes en este momento. Quisiera mencionar que Beatriz tendría entonces 62 años.

Tampoco se desentendió de la impresión definitiva y quiso controlar las pruebas del libro de Manrique interviniendo muy activamente también en esa fase final. En la carta que escribe a Teresa de Jesús en 27 de abril de 1632⁹⁹ le comunica que, efectivamente ha visto las pruebas del libro de Manrique y le señala que conviene que se imprima también el “dicho” de la Infanta sobre las virtudes de Ana de Jesús; le insta a que se esfuercen en ello “que dará mucha autoridad al libro”¹⁰⁰. Beatriz, de nuevo, pendiente de todo y determinada a lograr con inteligencia cuanto pueda dar más solvencia e impulso a la causa de Ana de Jesús.

No parece achicarse aún cuando es bien consciente de que los apoyos no le sobran precisamente. En agosto de 1632 confesará a Margarita de Jesús¹⁰¹ que solo se puede fiar de Manrique: «Es solo el que tengo de quien me pueda fiar en esta tierra, que de los nuestros en duda no les digo nada»¹⁰². También conmina a su compañera a estar pendiente de que la publicación del libro no se detenga. Es verdaderamente su empeño y su obsesión.

Tras la publicación del libro de Manrique, la correspondencia permite hacer un seguimiento de su distribución y de su recibimiento. Las monjas están también muy pendientes de su acogida entre los sectores poderosos de la Orden. Beatriz recibe treinta ejemplares, que reparte. Enseguida le queda sólo uno¹⁰³.

La opinión del General importa mucho. Sabrá que lo ha leído y que ha sido de su agrado, pidiéndole dos ejemplares. Beatriz no desaprovecha la oportunidad que se le presenta para mover resortes y solicitarle que escribiera a los conventos donde todavía había religiosas que habían sido compañeras de Ana de Jesús para que testimoniaran jurídicamente lo que sabían; cita expresamente los conventos de Córdoba, Consuegra, Granada, Beas y Madrid¹⁰⁴. Parece que el General accedió a los ruegos de sor Beatriz y que sus gestiones dieron sus frutos¹⁰⁵.

También otras monjas que estuvieron muy implicadas en la causa de Ana de Jesús mostrarán en sus cartas estar expectantes por la opinión de los prelados en torno al libro. Sor María de la Encarnación incidirá en ello, contando también a la priora de Bruselas que «lo han leído los prelados y les ha contentado, en particular a Ntro Padre General» y dando noticia también del interés que suscitaba: «El libro no lo ha llevado el Vicario para leerlo y hay tantos codiciosos y devotos de la Santa que pienso nos lo han de dejar poco en casa»¹⁰⁶.

También hay datos que permiten ver que la distribución de los ejemplares se realizó con consideraciones estratégicas y criterios de oportunidad. A partir de Pierre Serouet sabemos, por ejemplo, que la madre Margarita de Jesús, desde Bruselas había enviado el libro de Manrique a unas sobrinas del Papa que eran carmelitas descalzas. Conocía que una de ellas era muy devota de Ana de Jesús. Se lo contaría la propia Margarita a sor María de la Encarnación en abril de 1639, explicando abiertamente el fin último del envío: «Por esta vía podría Su Santidad tener alguna noticia»¹⁰⁷.

En estos años posteriores ya a la edición del libro vuelve a resurgir la Beatriz urdidora de medios y formas para acrecentar la red de apoyos a la causa de Ana de Jesús y la búsqueda de aficionados especialmente estratégicos y poderosos.

Indicará a Margarita de Jesús en febrero de 1634 que le parece muy a propósito el dedicar el libro en francés a la reina de Francia, refiriéndose a la reina madre, María de Medicis¹⁰⁸.

En junio de 1634 llamará la atención a Teresa de Jesús, priora en Bruselas, sobre lo importante que sería conseguir que se aficionara a la causa la reina María de Medicis, que había pasado por Amberes, y además advertirá lo valioso que pudiera ser conseguir que la reina de Hungría (la infanta María Ana hija de Felipe III) se hiciera cargo de los costes del nuevo sepulcro de Ana de Jesús¹⁰⁹.

Tiempo después supieron que podía haber una oportunidad de llegar hasta el papa a través del cardenal Bentivoglio y de unas familiares carmelitas descalzas en Roma¹¹⁰. Le hablará a Margarita de Jesús de una carta que ha recibido del cardenal Bentivoglio y de esas sobrinas de Urbano VIII que son carmelitas descalzas en Roma, una de las cuales era devota a Ana de Jesús. Beatriz piensa que si «esos papeles», pienso que se refiere a la documentación para la beatificación, fuesen ya a Roma, allí habría quien los favoreciera.

Posteriormente, Beatriz seguirá pendiente de otras publicaciones que se están gestionando sobre la vida de Ana de Jesús. En septiembre de 1635 escribía a la priora de Bruselas y le decía que «el compendio tenía gana Fray Ángel se imprimiese allá»¹¹¹, refiriéndose a las versiones abreviadas que se publicaron¹¹².

La causa de Ana de Jesús no dejó nunca de estar entre las prioridades de quien había sido su compañera y gran amiga, Lo expresó con claridad P. Serouet: «Béatrix fit pratiquement l'affaire de sa vie de travailler à la béatification d'Anne de Jésus»¹¹³.

Pero no quisiera terminar este trabajo sin plantear una cuestión que presenta algún interrogante.

La documentación evidencia que Beatriz se empeñó en apresurar la publicación del libro. Ese «acabemos ya con este libro» que exclamaba en noviembre de 1631 y que he citado arriba es bien elocuente. Ella quería que aquella biografía saliera a la luz cuanto antes y antepuso esto – los tiempos – a rematar la negociación del contenido del relato sobre Ana de Jesús. Me pregunto por las razones de esta premura y de esta postura, el por qué de esta prioridad que se marcó la religiosa. He avanzado antes que el inicio de los procesos para promover la causa de Ana de San Bartolomé fue una circunstancia que ella mantuvo muy presente, pero también cabe explorar otras consideraciones.

Concluyo que ella, que había tenido tanto que ver en la factura de la obra biográfica que firmaría fray Ángel Manrique y en los materiales

con los que aquella se elaboró, estaba convencida de que aquel libro tenía sustancia suficiente por sí mismo para sustentar un proceso de santificación y que podía adelantarse su publicación, pero también es posible que hubiera otros elementos que pesaron.

Creo que la postura de Beatriz de la Concepción contiene implícito un análisis propio del alcance de la censura, una lectura propia del “ser” de la censura que estuvo detrás de sus decisiones. Ella debía considerar que lo que estaba intentado introducir la acción censora de los carmelitas descalzos no iba a empañar lo esencial de la imagen de Ana de Jesús y su reputación, que quedaba bien asentada en la obra de Manrique. En definitiva, ella debió entender que la censura que se ejercía no tenía un impacto sustancial en el dibujo final y en su difusión.

El libro de Manrique presentaba a una Ana de Jesús básicamente copia de Santa Teresa (con censura o sin ella) y también desarrollaba otros elementos de un discurso santificador y atributos de santidad (con censura o sin ella), que igualmente permanecieron intactos. La “obediencia/desobediencia” de Ana de Jesús, ese elemento tan incómodo en su trayectoria biográfica, tampoco quedaba cuestionado.

Pero quizás también, y esto lo planteo con prudencia, Beatriz trabajó y actuó con la idea de que los textos escritos tenían su propia vida después de publicados, una vida ajena a la censura, un recorrido capaz de escapar a los ojos y acciones censores; quizás el análisis de Beatriz sobre la entidad y el impacto de la censura contemplaba que tras la publicación, lo censurado era replanteable en la práctica lectora y que los libros, una vez publicados, tienen, efectivamente, su propia trayectoria, una trayectoria abierta a distintas posibilidades, a variadas lecturas, incluidas las “lecturas prohibidas” de las que ha hablado lúcidamente M. Peña¹⁴, pero, en cualquier caso, lecturas propias, y muy posiblemente también, consecuencias espontáneas. Por lo demás, también pienso que, en definitiva, ella puso su fe en que lo que se estaba ventilando en la censura se podría enmendar y reparar en el desarrollo del proceso de beatificación por el que tanto luchó.

Posiblemente, estuviera aquí una parte de las razones que aclaren por qué Beatriz de la Concepción antepuso la urgencia de la publicación a una posible negociación sobre los contenidos más espinosos y se manifestó dispuesta a ceder, en definitiva las razones que nos puedan explicar que escribiera al Provincial esa frase tajante e inequívoca: «que lo que le pareziere quite u ponga y acabemos ya con este libro»¹⁵.

Un libro que había firmado un monje y en el que una mujer religiosa tuvo tantísima intervención.

Notas

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación de referencia HAR2014-52434-C5-5-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

1. Desde hace ya tiempo, las aportaciones se van multiplicando y son ya realmente numerosas y notables, coincidiendo en este panorama el interés de las historiografías iberoamericana, italiana, francesa, anglosajona y la propiamente española. Un punto de referencia inexcusable en esta temática para el ámbito español es BIESES (Bibliografía de Escritoras Españolas), consultable en la red (<http://www.bieses.net/> consultado el 1 de diciembre de 2016). Remitiré únicamente a algunos títulos ya clásicos y a otros trabajos que ofrecen además una bibliografía de referencia amplia. I. Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne Moderne*, Casa de Velázquez, Madrid 1995; A. Lavrin, *La vida femenina como experiencia religiosa: biografía y hagiografía en Hispanoamérica colonial*, en "Colonial Latin American Review", 2, 1-2, 1993, pp. 27-51. A. Lavrin y R. Loreto (eds.), *Monjas y beatas: la escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana, siglos XVII y XVIII*, Universidad de las Américas, Méjico 2002. S. Herpoel, *A la zaga de Santa Teresa: Autobiografías por mandato*, Amsterdam-Atlanta GA 1999. M. H. Sánchez Ortega, *Escritoras religiosas españolas. Trance y literatura (siglos XV-XIX)*, El Cid Editor, Barcelona 2010, 2 vols. También contribuciones de interés en G. Pomata y G. Zarri (a cura di), *I monasteri femminili come centri di cultura tra Rinascimento e Barocco, Atti del convegno storico internazionale, Bologna 8-10 dicembre 2000*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 2005; M. Caffiero, M. I. Venzo (eds.), *Scritture di donne. La memoria restituita*, Viella, Roma 2007; S. Cabibbo, *Scrivere in monastero nel XVII secolo*, en M. Modica (a cura di), *Esperienza religiosa e scritture femminili tra Medioevo ed età moderna*, Bonanno, Palermo 1992, pp. 82-93. S. Evangelisti, *Memoria di antiche madri. I generi della storiografia monastica femminile in Italia (secc. XV-XVIII)*, en C. Segura Graiño (ed.), *La voz del silencio, I. Fuentes directas para la historia de las mujeres, siglos VIII-XVIII*, Asociación Cultural Al-Mudayna, Madrid 1992, pp. 221-49; E. Brambilla, *Scrivere in monastero*, ensayo introductorio a Alessia Lirosi, *Le cronache di Santa Cecilia. Un monastero femminile a Roma in età moderna*, Viella, Roma 2009, pp. 9-30. Desde el ámbito anglosajón, la producción también es notable. K. J. P. Lowe, *Nuns' Chronicles and Convent Culture in Renaissance and Counter-Reformation Italy*, Cambridge University Press, Cambridge 2003. E. Arenal and S. Schlau (eds.), *Untold Sisters: Hispanic Nuns in Their Own Works*, University of New Mexico Press, Albuquerque 1988; A. Winston-Allen, *Convent Chronicles: Women Writing about Women and Reform in the Later Middle Ages*, Pennsylvania State University Press, University Park (PA), 2004. J. Bilinkoff, *Related Lives: Confessors and Their Female Penitents, 1450-1750*, Cornell U.P., Ithaca 2005. A. Weber (ed.), *Approaches to Teaching Teresa of Ávila and the Spanish Mystics*, Modern Language Association of America, New York 2009. Entre las referencias más recientes, R. M. Alabrús, R. García Cárcel, *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina*, Cátedra, Madrid 2015. M. Bolufer también ofrece un artículo con reflexiones interesantes sobre el tema que nos ocupa: M. Bolufer, *Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres*, en "Ayer", 93, 2014, pp. 85-116. Igualmente, M. J. de la Pascua, *Experiencia de vida e historia social: Mujeres en la España Moderna*, en *Homenaje a don Antonio Domínguez Ortiz*, Universidad de Granada, Granada 2008, tomo III, pp. 715-31. También, S. Mostaccio, *Scrittura e militanza: due stagioni di donne cattoliche nei Paesi Bassi Spagnoli (sec. XVI-XVII)*, en "Storie delle Donne", 11, 2015, pp. 109-28. Y es indispensable el repaso de la introducción y las contribuciones recogidas en N. Baranda Leturio, M. C. Marín Pina (eds.), *Letras en la celda. Cultura escrita de los conventos femeninos en la España Moderna*, Iberoamericana-Vervuet, Madrid 2014. Y en

G. Zarri y N. Baranda Leturio (coords.), *Memoria e comunità femminili. Spagna e Italia, secc. XV-XVII. Memoria y comunidades femeninas. España e Italia, siglos XV-XVII*, Firenze University Press-UNED, Firenze 2011. Y, muy reciente, A. Weber (ed.), *Devout Laywomen in the Early Modern World*, Routledge, New York 2016.

2. A. Atienza López, *Discussioni. "La santa encantadora". A propósito di un libro recente su Teresa d'Ávila e la fortuna del suo modello di santità*, en "Rivista di storia del cristianesimo", 13.2, 2016, pp. 379-386.

3. Aunque esta realidad a la que hacemos referencia ha sido escasamente atendida por la historiografía de referencia, son de interés las páginas que dedica N. Baranda Leturio a esta cuestión en su estudio sobre las capuchinas españolas y sobre las fuentes manejadas por los cronistas para componer crónicas de conventos femeninos y biografías de monjas. Ella defiende que aunque la escritura de aquellas obras es masculina, contiene el discurso femenino. «La autoría femenina del escrito – nos dice – ha sido aparentemente suplantada o borrada, pero en el interior el relato mantiene su autoridad, su agencia y asienta una genealogía en femenino». N. Baranda Leturio, *Fundación y memoria en las capuchinas españolas de la Edad Moderna*, en Zarri, Baranda Leturio (a cura di), *Memoria e comunità femminili*, cit., pp. 169-86, especialmente sobre la cuestión que nos ocupa, pp. 182-4. También ha tratado de estos asuntos, de cómo los cronistas utilizaron los textos que ellas escribieron sobre sí mismas o los textos de la historia del convento escritos por las propias monjas, y la cuestión de la suplantación de la autoría de estas mujeres. M. Peña, *Manipulación masculina del discurso femenino en biografías de monjas: ejemplos del "Parayso Occidental" de Carlos Sigüenza y Góngora*, en *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico*, Reichenberger, Kassel 1999, vol II, pp. 597-610.

4. La magnitud de la bibliografía acumulada es realmente impresionante. Debe citarse la compilación realizada por M. Diego Sánchez, *Bibliografía sistemática de Santa Teresa de Jesús*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2008. Y la continuidad de esta tarea precisamente en el año del V Centenario en C. García, *Boletín Bibliográfico Teresiano: Estudios históricos (I)*, en "Monte Carmelo", 123, 2015, pp. 147-71; *Boletín bibliográfico teresiano: Estudios biográficos (II)*, en "Monte Carmelo", 123, 2015, pp. 493-519, y *Boletín bibliográfico teresiano: Estudios doctrinales*, en "Monte Carmelo", 123, 2015, pp. 735-71. Muchas de las iniciativas desarrolladas y de las publicaciones que han ido apareciendo en relación a la efemérides del Centenario han tenido eco en <https://delaruecaapluma.wordpress.com/> (consultado el 1º de junio de 2017).

5. La trayectoria biográfica de Ana de Jesús tiene una referencia clásica imprescindible en la obra de I. Moriones, *Ana de Jesús y la herencia teresiana. ¿Humanismo cristiano o rigor primitivo?*, Edizioni del Teresianum, Roma 1968. También es esencial el trabajo de A. Fortes y R. Palmero (eds.), *Ana de Jesús. Carmelita descalza. Escritos y documentos*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1996. M. del P. Alonso Fernández, *Ana de Jesús, profeta de ayer y hoy*, en "Revista de Espiritualidad", 251-252, 2004, pp. 251-99. P. Manero Sorolla, *Ana de Jesús y las biografías del Carmen Descalzo*, en *Actas XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid 2000, tomo IV, pp. 145-53. Más adelante referenciamos algunos de los trabajos más recientes de la historiografía general sobre la trayectoria de la Orden en la etapa que nos concierne.

6. Moriones, *Ana de Jesús y la herencia teresiana*, cit.

7. La historiografía carmelita le ha dedicado una atención notable, pero, como hemos indicado, no es el objetivo de este trabajo desarrollar estos problemas en el seno del Carmelo descalzo. Acabamos de citar la obra de I. Moriones y el trabajo de Antonio Fortes y Restituto Palmero, que incorporan una nutrida bibliografía. Pero también ha sido tratado más recientemente en D. A. Fernández de Mendiola, *El Carmelo teresiano en la Historia. Una nueva forma de vida contemplativa y apostólica. Primera Parte: El Carmelo Teresiano en vida de la madre fundadora, Teresa de Jesús, 1515-1582*, IHT Teresianum, Roma 2008. Y,

El Carmelo teresiano en la Historia. Una nueva forma de vida contemplativa y apostólica. Segunda parte: De Provincia a Orden autónoma y crisis de identidad, IHT Teresianum, Roma 2008. También, T. Álvarez, *Santa Teresa. Fundadora de los Descalzos en los primeros lustros de nuestra historiografía*, en D. Zuazúa (ed.), *Historiografía del Carmelo teresiano. Actas del Simposio Internacional OCD*, IHT Teresianum, Roma 2009, pp. 51-72.

8. M. J. de la Pascua, *Poder y guerra en la familia carmelita: el testimonio de una voz silenciada (María de San José-Salazar, 1578-1603)*, en Sánchez-Montes González, J. J. Lozano Navarro, A. Jiménez Estrella (eds.), *Familias, elites y redes de poder cosmopolitas de la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna*, Editorial Comares, Córdoba 2016, pp. 219-51.

9. S. Giordano, C. Paolucci (a cura di), *Nicolò Doria. Itinerari economici, culturali, religiosi nei secoli XVI-XVII tra Spagna, Genova e L'Europa*, Associazione amici della Biblioteca Franzoniana, Roma 1996. También se le dedica una notable atención, en Fernández de Mendiola, *El Carmelo teresiano en la Historia. Una nueva forma de vida contemplativa y apostólica. Segunda parte*, cit.

10. Además de la la historiografía carmelita, este contencioso y este episodio en la trayectoria de Ana de Jesús también ha sido tratado en trabajos de interés y con otras perspectivas por A. Weber, *Spiritual Administration: Gender and Discernment in the Carmelite Reform*, en "Sixteenth Century Journal", XXXI, 2000, pp. 123-46. Y de la misma autora, *El feminismo parcial de Ana de San Bartolomé*, en L. Wollendorf (ed.), *Literatura y feminismo en España (siglos XV-XXI)*, Icaria, Barcelona 2005, pp. 77-94. Igualmente reiteraré el trabajo de M^a J de la Pascua citado en la nota anterior, y de la misma historiadora, *El jo en l'escriptura religiosa femenina*, en "Afers", 77, 2014, pp. 23-51. Y, Á. Atienza López, *Nosotras, ellos, nuestra orden. Una revisión en torno a los tiempos fronterizos en el Carmelo descalzo, c. 1585-1596*, en J. L. Betrán; B. Hernández y D. Moreno (eds.), *Identidades y fronteras culturales en el mundo ibérico en la Edad Moderna*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona 2016, pp. 220-42.

11. Sobre esta etapa fuera de España, y además de las referencias generales ya citadas que abordan la trayectoria biográfica de Ana de Jesús, puede verse también C. Torres Sánchez, *Conventualismo femenino y expansión contrarreformista: el Carmelo descalzo español en Francia y Flandes*, en *I Congreso Internacional del Monacato femenino en España, Portugal y América, 1492-1992*, León, 1993, tomo II, pp. 237-48. J. Urkiza, *Comienzos del Carmelo teresiano francés. Búsqueda de candidatas (1604)*, Monte Carmelo, Burgos 2004.

12. Sobre la implicación de la Infanta Isabel Clara Eugenia, sus relaciones con el Carmelo descalzo, sus intereses y el contexto político de Flandes en aquella época, puede verse W. Thomas, *Jerónimo Gracian de la Madre de Dios, la corte de Bruselas y la política religiosa en los Países Bajos meridionales, 1609-1614*, en R. Vermeir; M. Ennen, R. Fagel (eds.), *Agentes e identidades en movimiento: España y los Países Bajos, siglos XVI-XVIII*, Sílex, Madrid 2011. S. Mostaccio, *Entre Réforme et Espagne: quelle éducation religieuse pour les femmes dans les Pays-Bas méridionaux?*, en Silvia Mostaccio (ed.), *Genre et identités aux Pays-Bas méridionaux. L'éducation religieuse des femmes après le Concile de Trente*, Editions Academia, Louvain-la-Neuve 2010, pp. 65-87. C. van Wyhe, *Piety and Politics in the Royal Convent of Discalced Carmelite Nuns in Brussels, 1607-1646*, en "Revue d'histoire ecclésiastique de Belgique", 100, 2005, pp. 457-87. Y, W. Thomas, L. Duerloo (eds.), *Albert & Isabella, 1598-1621. Essays*, Turnhout, Brepols 1998.

13. Beatriz había nacido en 1569 en Arévalo. Ingresó en el convento de las carmelitas descalzas de Salamanca en 1592 y allí profesaría un año después. Fue en ese convento donde conoció a Ana de Jesús y ya no se separaría de ella, porque la acompañaría también en sus fundaciones de Francia y de Países Bajos. Murió en 1646 en su convento de Salamanca, al que había regresado en 1630 desde Bruselas. *Béatrix de la Conception. Lettres choisies*, présentées para Pierre Serouet, carne déchaux, Desclée De Brouwer, Bruges, Paris 1967.

14. La noción de "construcción" o de "fabricación" de la santidad ha tenido un notable éxito historiográfico, desde J.-C. Schmitt, *Note critique. La fabrique des saints*, en

“Annales E.S.C.”, 39-2, 1984, pp. 286-300. A. Turchini, *La fabbrica di un santo: il processo di canonizzazione di Carlo Borromeo e la Controriforma*, Marietti, Casale di Monferrato 1984. M. Caffiero, *La politica della santità. Nascita di un culto nell'età dei Lumi*, Laterza, Roma-Bari 1996. J. R. Armogathe, *La fábrica de los santos. Causas españolas y procesos romanos de Urbano VIII a Benedicto XIV (siglos XVII-XVIII)*, en M. Vitse (ed.), *Homenaje a Henri Guerreiro. La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*, Iberoamericana, Madrid 2005, pp. 149-68. E. Serrano Martín (ed.), *Dossier: Fábrica de santos. España, siglos XVI-XVII*, en “Revista de Historia Jerónimo Zurita”, Institución Fernando al Católico, 85, 2010. La cuestión mantiene su actualidad, y muy recientemente estuvo muy presente en las intervenciones del Coloquio Internacional que se celebró en La Maison de la Recherche de l'Université Sorbonne Nouvelle Paris 3 (octubre de 2015) organizado por Pierre Civil y Cécile Vincent-Cassy, bajo el título *Les faiseurs de saints. Métiers et fabricants de sainteté en Europe (XVI^e-XVIII^e siècle)*. También puede verse el trabajo de Eliseo Serrano, *Hagiografía y milagro. Fabricar santos en la Edad Moderna*, en Betrán, Hernández, Moreno (eds.), *Identidades y fronteras*, cit., pp. 193-216. Sobre esta noción también se configura el reciente libro ya citado de R. M. Alabús, R. García Cárcel, *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina*, Cátedra, Madrid 2015.

15. También la historiografía sobre este mundo religioso femenino ha venido poniendo de manifiesto esta realidad de permeabilidad de la clausura. Con esta misma expresión, E. A. Lehfeltdt, *Religious Women in Golden Age Spain. The Permeable Cloister*, Ashgate, Aldershot 2005. Son numerosas las referencias que pueden ser citadas, recojo la cuestión y amplío el aparato bibliográfico en Á. Atienza López, *El mundo de las monjas y de los claustros femeninos en la Edad Moderna. De lo hecho a los retos*, en E. Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 89-108.

16. Carta de Beatriz de la Concepción a la madre María de la Encarnación, priora de Consuegra, en 4 de junio de 1626. *Beatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit. La carta a la que nos referimos, en pp. 319 ss.

17. Fue el agustino fray Diego de Guevara uno de los buenos amigos de Ana de Jesús, con el que ésta mantuvo abundante correspondencia, como puede verse en Fortes, Palmero (eds.), *Ana de Jesús*, cit.

18. Carta al padre agustino fray Diego de Guevara, en 8 de noviembre de 1626. Ivi, pp. 322 ss.

19. Carta a la madre María de la Encarnación, en fecha indeterminada de 1628. Ivi, pp. 323 ss.

20. *Diccionario Biográfico Español*, vol XXXIV.

21. Fray A. Manrique, *La venerable madre Ana de Jesús, discípula y compañera de la S. M. Madre Teresa de Jesús*, y principal aumento de su orden, Fundadora de Francia y Flandes, En casa de Lucas de Meerbeeck, Bruselas 1632. Una copia testificada de la carta de la Infanta al P. Fray Ángel Manrique (16 octubre 1629), en ASV (Archivo Secreto Vaticano, Ciudad del Vaticano, Roma). *Congr. Riti, Processus*, 4347.

22. Acerca de la documentación relativa a los procesos de beatificación y canonización, E. Suire, *La sainteté française de la Réforme catholique (XVI^e-XVIII^e siècles) d'après les textes hagiographiques et les procès de canonisation*, Presses Universitaires de Bordeaux, Bordeaux 2001. También, C. Renoux, *Une source de l'histoire de la mystique moderne revisitée: les procès de canonisation*, en “Mélanges de l'Ecole française de Rome. Italie et Méditerranée”, 105.1, 1993, pp. 177-217.

23. Manero Sorolla, *Ana de Jesús*, cit., p. 149.

24. Todas las referencias a la correspondencia firmada por Beatriz de la Concepción, si no indicamos lo contrario, proceden de la siguiente fuente: *Beatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit.

25. *Béatrix de la Conception*, cit., p. 13.
26. Transcribe esta carta, Moriones, *Ana de Jesús*, cit., pp. 351-2, nota 3.
27. Sor María de la Encarnación fue una de las primeras monjas que profesaron en el convento de Madrid, en 1587, donde conoció a Ana de Jesús y con la que estuvo unos ocho años. Posteriormente iría por fundadora al convento de Consuegra en 1597 y allí morirá en 1648. Datos en Fortes, Palmero (eds.), *Ana de Jesús*, cit., p. 159.
28. ASV, *Congr. Riti, Processus*, 4347, fols. 1151-1173v. He estudiado este documento en Á. Atienza López, *Los primeros relatos biográficos de Ana de Jesús: los escritos y testimonios de sus compañeras*, en E. Marchetti (a cura di), *Attraverso il tempo. Teresa di Gesù: la parola, il modello, l'eredità*, Longo, Ravenna 2017, pp. 97-119.
29. El padre fray Francisco de Santa María fue también otra de las personalidades próximas a Ana de Jesús; había sido su confesor durante diez años (1594-1604) y fue también Historiador General de la Orden del Carmen Descalzo, autor de los dos primeros volúmenes de la *Reforma de los Descalzos* (1644 y 1655). Puede verse una reseña de él en *Vida de la madre Ana de Jesús, coadjutora de Santa Teresa en la reforma del Carmelo y fundadora de la orden en Francia y en Bélgica* obra compuesta con documentos originales por el Rdo. P. Bertoldo-Ignacio de Santa Ana, Carmelita Descalzo; y traducido al castellano de la primera edición francesa por una religiosa de la misma orden. Burgos, Imprenta de San José, 1901. 2 vols. La reseña en vol. 1, pp. 404 ss.
30. «En lo que V. R me manda de nuestra Santa Madre Ana de Jesús, fuera de lo que sabran Vuestras Reverencias, yo no me acuerdo cosa que poder asegurar...» es lo que contesta en carta de 2 de septiembre de 1621. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1557-1558. Escribirá después otra carta en 27 de junio de 1622.
31. Catalina de San Francisco era parienta de Nicolás Doria y sería la primera novicia del convento de Madrid, donde habría conocido a Ana de Jesús. Después marcharía como fundadora y priora al convento de Talavera. Una breve semblanza biográfica de ella, en Fr Joseph de Santa Teresa, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia hecha por Santa Teresa de Jesús en la antiquissima Religión fundada por el gran profeta Elías*, Tomo Tercero, Madrid 1683, pp. 48-50.
32. «Y los papeles que mi madre recibiere, procure se los guarde alguna persona, porque no se lo quiten, que podría ser se los pidiese, de suerte que no pudiese dejar de darlos; ni al que dice escribirá la vida, no se los dé, sin que queden traslados, porque como soy vieja, he visto por este camino impedirse algunas cosas, y consumirse papeles, sin haber sabido jamás, que se han hecho». ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1561-1565. La cita en fol. 1563.
33. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1567-1569.
34. Fray Francisco de Santa María aporta información demostrativa de esta realidad en un testimonio de julio de 1633. En su declaración al Vicario de Beas asegura que estando visitando el convento de aquella localidad vio una carta firmada por el General fray Esteban de San José y escrita a la priora del convento en el que le decía que «la infanta de Flandes» había hecho imprimir un libro de Ana de Jesús y que «para otros fines aún mayores» gustaba su Alteza que se recogiera y se le enviara lo demás que fuera notable de la misma persona, que tenía entendido que en ese convento sabía mucho la madre Francisca de la Madre de Dios y que hiciera que ante escribano dijera lo que supiera y remitiera dicha información a la priora de Salamanca que se llama Beatriz de la Concepción. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1389.
35. Con carácter general, sobre la historiografía del Carmelo reformado, debe consultarse D. Zuazúa (ed), *Historiografía del Carmelo Teresiano. Actas del Simposio Internacional OCU*, Ed. IHT Teresianum, Roma 2009, donde pueden verse en particular varios trabajos acerca de las crónicas y textos que nos ocupan. También la referencia a los trabajos historiográficos de este tiempo y sus autores, en las voces “Carmelitane scalze”

y “Carmelitani scalzi” del *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, vol. II, Edizione Paoline, Roma 1975.

36. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1312-1322. Carta de sor María de la Encarnación, desde Consuegra, en 11 de enero de 1626.

37. Se lo había dicho así a la hermana de Beatriz, sor Juana del Espíritu Santo, también carmelita descalza en el convento de Salamanca, y otra de las piezas en las que se apoyaría Beatriz para sus operaciones y sus gestiones.

38. Carta de Beatriz de la Concepción a María de la Encarnación, fechada en día y mes indeterminado de 1628. *Beatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., pp. 323-6.

39. Dice I. Moriones que la carta está sin fechar, pero deduce que es de 7 de noviembre de 1631. Moriones, *Ana de Jesús*, cit., pp. 375-7.

40. Carta de 7 de noviembre de 1631 de Manrique a la priora de Bruselas. Moriones, *Ana de Jesús*, cit., pp. 377-8.

41. *Ivi*, p. 389.

42. Moriones transcribe esta carta que el propio Jerónimo de San José había escrito a Beatriz en 15 de marzo de 1633 y en la que se pone de manifiesto toda esta trama que comentamos. *Ibid.*

43. *Beatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., p. 324.

44. *Ivi*, p. 342.

45. Efectivamente, será esta religiosa flamenca, de nombre Teresa de Jesús, quien tomó el relevo de Beatriz de la Concepción y la sustituyó desde Bruselas en su implicación en la elaboración del libro de Manrique. Son varias las cartas que ponen de manifiesto este extremo. *Beatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., pp. 353 ss., pp. 355 ss., pp. 357 ss. La madre Teresa de Jesús fue subpriora de 1627 a 1633 y después priora del mismo convento hasta 1636.

46. Se refiere a Jean Navet, que había estado en tiempos al servicio del señor de Bretigny al que acompañó en el viaje a España de 1603-1604 cuando se trataba de llevar a Francia a las carmelitas descalzas. Sería después confesor extraordinario de las carmelitas de Bruselas. *Beatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., p. 105, nota 6.

47. *Ivi*, p. 353.

48. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1444-1466. La cita en fol. 1444.

49. Esta noción de aluvión colectivo en la elaboración de la biografía de Ana de Jesús la he defendido en Á. Atienza, *Materiales y política en una santidad fallida. La fabricación colectiva de Ana de Jesús*, en P. Civil y C. Vincent-Cassy (eds.), *Los hacedores de santos. Oficios y fabricantes de santidad en Europa (siglos XVI-XVII)*, Doce Calles, Madrid (en prensa).

50. Únicamente como primer ejemplo, al hablar de la especial capacidad de Ana de Jesús para sanar con sus manos, Beatriz dice que ella misma lo vio también en otras y menciona que otros testimonios también lo indican «y se verá por sus papeles, que es mi gran consuelo, que haya tantos que testifiquen su Santidad». ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fol. 1446.

51. Referencias en ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1444-1466.

52. *Ivi*, fol. 1466.

53. *Ivi*, fol. 1465.

54. Atienza López, *Los primeros relatos*, cit.

55. Remito a las referencias que he ido citando anteriormente sobre hagiografía y la construcción de la santidad en la época que nos ocupa. Puede verse también, G. Sodano, *Il nuovo modello di santità nell'epoca posttridentina*, en C. Mozzarelli, D. Zardini (a cura di), *I tempi del Concilio. Religione, cultura e società nell'Europa tridentina*, Bulzoni, Roma 1997, pp. 189-205. Y, D. González Lopo, *Los nuevos modos de la hagiografía contrarreformista, en Memoria Ecclesiae, XXIV. Hagiografía y archivos de la Iglesia*, Asociación de Archiveros de de la Iglesia en España, Oviedo 2005, pp. 609-33. También C. van Wyhe (ed.), *Female*

Monasticism in Early Modern Europe. An Interdisciplinary View, Ashgate, Aldershot 2008, con una parte específica dedicada a “Femminity and Sanctity”.

56. Manrique, *La venerable madre*, cit., p. 2 de libro VI.

57. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fol. 1445.

58. Ivi, fol. 1445.

59. Manrique, *La venerable madre*, cit., pp. 284-5 del libro IV y pp. 354-6 del libro V.

60. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1449-1450.

61. Ivi, fol. 1452.

62. Ivi, fols. 1460-1461.

63. Ivi, fol. 1449.

64. Ivi, fols. 1445-1446.

65. Por caso de la propia Beatriz, Manrique, *La venerable madre*, cit., p. 361 del libro V. Por ejemplo.

66. Atienza López, *Los primeros relatos*, cit.

67. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fol. 1462. Reproduce este episodio Manrique, *La venerable madre Ana de Jesús*, cit., p. 73 del libro VII.

68. Ivi, fols. 1462-1463. Mencionará que este caso se verá en el papel de jesuita Rolando, que entonces era su confesor; mostrando de nuevo cómo compone su propio relato con las aportaciones de otros. Manrique también lo rescatará para su texto. Manrique, *La venerable madre*, cit., p. 122 del libro VII.

69. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fol. 1450. El episodio lo reproduce Manrique, *La venerable madre*, cit., p. 376 del libro V. Beatriz no ocultará en su declaración las grandes contradicciones que hubo ni la mención a que las dificultades provenían de la resistencia de los prelados a que fuera Ana de Jesús por fundadora, una resistencia que se prolongó durante más de un año, ni el hecho de que ya habían concedido a los franceses que fuera la madre María de Jesús, priora de Segovia, y cómo Ana de Jesús le habría asegurado que si no era ella la que iba, no iría ninguna.

70. Ivi, fol. 1457. Lo recoge Manrique, *La venerable madre Ana de Jesús*, cit., p. 55 del libro VI.

71. Manrique, *La venerable madre*, cit., pp. 20-1 de libro VI.

72. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fol. 1453.

73. Ivi, fol 1454. Y, Manrique, *La venerable madre*, cit., pp. 52-3 de libro VI.

74. Ivi, fol 1455. Y, Manrique, *La venerable madre*, cit., cap. XVI, libro IV.

75. Ivi, fol 1456.

76. Manrique, *La venerable madre*, cit., pp. 350-1 de libro V.

77. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fol. 1445. He desarrollado más esta cuestión en Atienza López, *Los primeros relatos*, cit.

78. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1466 ss.

79. Es, como sabemos, propio del género de las construcciones hagiográficas detenerse en explicar con todo lujo de detalles estos sufrimientos. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1466-1470.

80. Ivi, fol. 1470. Y, Manrique, *La venerable madre*, cit., p. 169, libro VIII.

81. Ivi, fol. 1470. Y, Manrique, *La venerable madre*, cit., p. 172, libro VIII.

82. Ivi, fol. 1472. Y, Manrique, *La venerable madre*, cit., pp. 174-8, libro VIII.

83. Ivi, fols. 1472-1473.

84. Ivi, p. III.

85. Ivi, p. 355.

86. Ivi, pp. 357-60.

87. Ivi, p. 358.

88. Moriones, *Ana de Jesús*, cit., capítulo III, pp. 349-86.

89. *Béatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., pp. 360-6.

90. Ivi, p. 362.
91. *Ibid.* Es lo que le cuenta a la priora de Bruselas.
92. *Ibid.*
93. Ivi, pp. 366-9.
94. Ivi, p. 367.
95. *Ibid.*, «Brabamente la quieren todos y negocian por ella» es lo que escribe Beatriz de la Concepción. Y más adelante, en la misma misiva de noviembre de 1631, menciona «... pues Su Santidad a enviado orden al obispo de Anberes para que tome las informaciones de la Madre Bartolomé». Efectivamente, Beatriz de la Concepción sigue muy de cerca los procesos iniciados en relación a Ana de San Bartolomé. Sobre ellos, J. Urkiza, F. Malaxetxebarria (eds.), *Procesos de beatificación y canonización de la beata Ana de San Bartolomé (Testimonios selectos, 1630-1640)*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2010.
96. «La demanda era que se quitase el dicho de Barzena: Juste judicasti, lo de el Maestro Báñez que nuestra Madre en lo natural era más que nuestra Santa y en lo sobrenatural no era menos, y lo del belo y que de San Bartolomé...». Puede verse el detalle de las censuras en Ivi, p. 368. También I. Moriones aborda esta cuestión. Moriones, *Ana de Jesús y la herencia teresiana*, cit., pp. 378 ss.
97. *Béatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., p. 368.
98. Ivi, p. 369.
99. Ivi, pp. 370-3.
100. Ivi, p. 371.
101. Margarita de Jesús, es en esos momentos, la priora de Bruselas. Otra de las mujeres que participó activamente en la red que se activó para la beatificación de Ana de Jesús. La carta se fecha en 3 de agosto de 1632. Ivi, pp. 374-9.
102. Ivi, p. 375.
103. En carta Teresa de Jesús, priora de Bruselas, 22 de mayo de 1633 le comunica que ya han llegado las cajas de los libros, y que ella se ha quedado con treinta, que está repartiendo. Ivi, pp. 380-2. En la carta siguiente, de 28 de junio, le dirá que de esos treinta libros, ya sólo tiene uno.
104. Narra esta cuestión en carta a Teresa de Jesús, priora de Bruselas, 28 de junio de 1633. Ivi, pp. 382-5.
105. Carta a Teresa de Jesús, priora de Bruselas, 12 septiembre de 1633. Ivi, pp. 386-9.
106. ASV. *Congr. Riti, Processus*, 4348, fols. 1346-1348. Carta de sor María de la Encarnación, desde Consuegra, en 30 de junio de 1633.
107. *Béatrix de la Conception. Lettres choisies*, cit., p. 258.
108. Carta a Margarita de Jesús, carmelita de Bruselas, 20 de febrero 1634. Ivi, pp. 397-8.
109. Carta a Teresa de Jesús, priora de Bruselas, 26 junio de 1634. Ivi, pp. 404-6.
110. Carta a Margarita de Jesús, priora de Bruselas, 16 de mayo de 1637. Ivi, pp. 418-9.
111. Ivi, p. 411.
112. Lo indica P. Serouet, *Béatrix de la Conception*, cit., p. 242, nota 2. En 1635 se publicaba en francés *La peinture raccourcie de la venerable Mere Anne de Jesus, Disciple et Compagne de S. Terese, Fondatrice de son Ordre en France et en Flandres, et Prieure de Bruxelles, où sa vie, ses vertus et miracles sont compris en abrégé*. Par Dom Andres Manrique, licencié en droicts. Chez Jean Bellere, Anvers 1635.
113. *Béatrix de la Conception*, cit., p. 10.
114. M. Peña Díaz, *Escribir y prohibir. Inquisición y censura en los Siglos de Oro*, Cátedra, Madrid 2015.
115. *Béatrix de la Conception*, cit., p. 368.